



Rentería, la Villa papelera

por José María Busca Isusi

Diversos pueblos guipuzcoanos han recibido un sobrenombre generalizado. Sobre todo, por medio de los cronistas deportivos, quienes han popularizado los oficios que diariamente realizan los futbolistas de cada pueblo en su labor no deportiva.

Así, a los del Ilintxa se les llama tizoneros; a los del Beasáin, vagoneros; cerajeros, a los de Mondragón, y a los de Rentería, galleteros o papeleros.

Hoy voy a hacer referencia a esta última denominación.

No creo que, aparte del de hacer pan, haya en el mundo más honrado oficio que el de hacer papel.

Toda nuestra civilización se basa en él. Ninguna actividad humana es extraña a él.

No voy a hacer una descripción histórica del proceso del papel desde los lejanos papiros egipcios a nuestros días, ya que en esta misma revista es fácil que haya aparecido alguna, y si no lo hubiese sido, cualquier diccionario podría satisfacer al lector curioso.

No sé a qué circunstancias puede deberse que la industria del papel se haya establecido de forma tan importante en esta tierra.

Las instalaciones papeleras del País Vasco suministran la mayoría del papel que en España se consume.

Pero la cosa no queda sólo ahí. La más gigantesca empresa de papel, "La Papelera Española", es una obra de vas-

cos. Rafael de Picavea y Nicolás María de Urgoiti fueron dos paisanos, que no sólo se dieron cuenta de la importancia creciente del papel en nuestras vidas, sino que hombres prácticos, como vascos que eran, plasmaron sus ideas en esa gigantesca empresa que suministra, no sólo el papel de consumo diario, sino la mayor parte del papel de prensa que se consume en España.

Ellos se dieron cuenta de la escasez de primeras materias, esto es, de madera, con que la industria papelerera se iba a encontrar, e iniciaron las plantaciones de chopos.

Todavía, cuando revuelvo mi biblioteca, suelo tropezar con unos folletos que sobre el cultivo del chopo editó "La Papelera Española", precisamente en papel de chopo.

Tuvieron muchos contratiempos en sus empresas, y con el fin de fomentar el consumo de papel, crearon dos periódicos en Madrid, que fueron "La Voz" y "El Sol", y crearon en unión de la Editorial Espasa, la actual Espasa-Calpe, de cuya importancia en nuestra vida cultural es ocioso hablar.

Hoy, la tremenda proliferación de las plantaciones del *Pinus Insignis* ha atenuado el problema, aunque no resuelto, ya que son precisas otras primeras materias como el albardín y el esparto, o simplemente recurrir a importaciones de maderas o pulpas de países más favorecidos en estos renglones que nosotros...

Me dicen que hay unos tremendos

proyectos de aumentar la producción de papel de prensa en Rentería.

Yo creo que al final será un motivo de orgullo para Rentería poder presumir que el papel de prensa que se consume en España viene todo o casi todo de las orillas del río Oyarzun.

Con los tremendos avances de la técnica, se prevén sustituciones de productos hasta ahora considerados como imprescindibles. Tal es el caso del carbón, sustituido por el petróleo, aún muy recientemente, cuando ya prevenimos que éste, en parte, puede ser sustituido por la fuerza atómica, pues los europeos hemos lanzado un primer barco atómico que no gastará ni carbón ni petróleo.

Sin embargo, para el papel, no creo que de inmediato se vea sustituto.

No creo que se puedan producir plásticos sintéticos que lo sustituyan.

Es curioso lo que ha sucedido con los embalajes.

Debido al tremendo desarrollo de la industria papelerera, es hoy corriente ver transportados libros y alimentos en "containers" de cartón ondulado.

Esto parece que podría haber traído una severa crisis en la producción de madera, ya que hasta hace muy poco, el embalaje clásico eran las cajas de madera. Pero resulta que la primera materia del cartón ondulado es precisamente la madera de la que antes se hacían cajas. Vemos, pues, que la industria del papel no ha actuado en este caso como depredadora.

Quienes hacen o trabajan en el papel tendrán la satisfacción íntima de saberse los productores de la materia básica de la desanalfabetización del País, además de la primera materia básica de la cultura de los pueblos.

Por eso deseo de todo corazón a los renterianos, que descansen en sus fiestas. Es un descanso bien ganado, muy diferente del que pueda tener quien se dedique a la fabricación de elementos destructores.

Y a la vez que mi felicitación, recomiendo a los renterianos no olviden jamás a los pioneros de esa industria que he tratado de elogiar en las precedentes líneas

Continuación de "Bajo aquel ciprés".

Los niños, como si comprendieran, parecen darse cuenta de que la muerte les arrebató un protector. Su infantil raciocinio les apercibe de que les falta el guía que los había de conducir en las mil correrías y travesuras propias de la inocencia de la edad.

El hombre, sin olvidar el murmullo, escucha la verbosidad palpitante de la madre en la que personifica el amor, y de buena gana preguntaría al ciprés cómo podría personificarse el odio, pero ya no le es dado reanudar el diálogo y trata de personificarlo por sí mismo. Entonces se da exacta cuenta de la diferencia entre lo espontáneo del odio y lo perenne del amor; se hace plena conciencia del incalculable número de los que lloraron a lágrima viva el arrepentimiento de haber odiado, pero ni una sola lágrima se ha vertido ni se verterá por haber amado; en todo caso, por dejar de hacerlo.

Por fin, el hombre, enderezándose lento, envuelve con una mirada cargada de sentimien-

tos indescifrables al grupo formado por la madre y los dos hijos, emotiva estampa fundamental del amor que nació con el mundo y morirá con él, y tras sacudirse la tierra pegada a los dedos, inicia el retorno a la mundanal e ignorante despreocupación trivial, prometiéndose "in mente" la pronta visita que obliga el cercano noviembre, cuando la presunción invade la sencillez natural de los que no les preocupan las vanidades del mundo, pero que patentiza el recuerdo cariñoso que se manifiesta en la castidad de una flor, la vacilante luz de una lámpara o en la suntuosa seriedad del paño negro.

Unos pasos más allá, la mujer, que se ha adelantado, volviéndose, pronuncia unas palabras por las que parece escapársele la vida:

—Otro año ya no lo tenemos.

El hombre guarda silencio, y elevando la mirada al ciprés, piensa mientras continúa la marcha: "Estará siempre que subsista el árbol que lo cobijó durante diez años".